

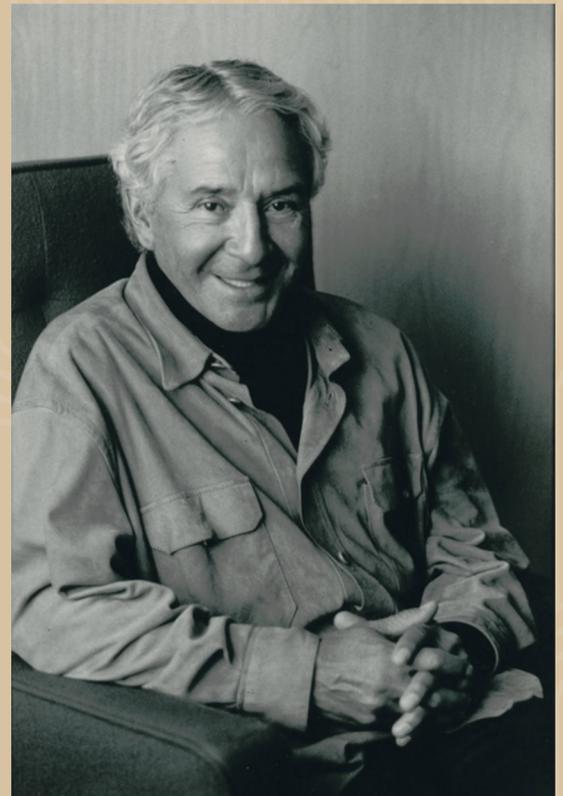
## Mercedes Certucha llano

La reflexión sobre el quehacer del historiador es un tema inabarcable por las múltiples y variadas respuestas que admite y, sin embargo, es una inquietud presente y cada vez más recurrente entre los estudiosos que quieren saber acerca del sentido de la historia y de los propósitos del historiador al abordar su comprensión.

Pero si es cierto que en la actualidad el campo histórico puede observarse desde distintos ángulos y que el margen de aproximación al estudio de la historia es amplísimo y válido desde diferentes perspectivas, resulta interesante enfocar una de ellas, que en el caso de esta breve nota se refiere a la recuperación de la memoria colectiva de una sociedad, es decir, de hacer y entender la historia. Tomo para ello el ejemplo metodológico que Enrique Florescano aplicó en su magnífico trabajo titulado, precisamente, *Memoria mexicana*. En atención a las características de este apunte, los señalamientos a la aportación historiográfica y metodológica de este autor serán breves y puntuales procurando mostrar, así sea de forma apenas perceptible, la profundidad de su propuesta.

Enrique Florescano escribe historia de la manera que la piensa: como un gran paisaje en el que es posible observar los lentísimos cambios, casi imperceptibles, de las sociedades y los seres humanos, a través, precisamente, del tiempo.

Su idea de la historia expresada en no pocos estudios que ha dedicado al tema conforma un cuerpo coherente y muy sólido de ideas que responden a las interrogantes que se plantea todo historiador: ¿Cuál es la función o utilidad del saber histórico? A las preguntas ¿Cómo nació el relato histórico? ¿Para qué se escribe la historia? ¿Qué caracteriza la indagación del pasado? Florescano responde con un libro, *Memoria mexicana*, cuyas premisas amplía y reelabora en varios más como, *Historia de las Historias de la nación mexicana*, *Etnia, Estado y nación*, *Quetzalcóatl y los mitos fundadores de Mesoamérica*, y otros. En todos ellos el autor persigue “las innumerables memorias del pasado creadas por distintos grupos y pueblos que habitaron el territorio que hoy llamamos México”. Florescano advierte las distintas motivaciones que tuvieron los pueblos para registrar su pasado. Los hombres conservan la memoria histórica, nos dice “...para exorcizar el fluir corrosivo del tiempo sobre las creaciones humanas; para tejer solidaridades fundadas en orígenes comunes; para demarcar la posesión de un territorio; para afirmar identidades nacidas de tradiciones remotas; para sancionar el poder establecido; para respaldar, con el prestigio del pasado, vindicaciones del presente; o para darle sustento a proyectos disparados hacia la incertidumbre del futuro...” [1]



[1] Enrique Florescano, *Memoria mexicana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 9

Una vez establecida su idea de la razón de ser de la historia, nos dice cómo va él a recuperar la memoria colectiva de los pueblos mesoamericanos y esto es, no únicamente a partir de obras producidas por los cronistas e historiadores, sino a través de las múltiples formas populares y tradicionales de recoger el pasado: el mito, la leyenda, el ritual, el prodigioso lenguaje de los símbolos, el mensaje mesiánico, las utopías que arrastraron a diversos movimientos colectivos y, desde luego las crónicas. Florescano estudia los procesos históricos de los antiguos mexicanos a través del imaginario colectivo que se expresó en forma de mitos, símbolos e imágenes. La dilatada interpretación de la historia primigenia mesoamericana a través de un tiempo casi inmemorial, a través de un lento transcurrir del tiempo histórico que se remonta a la historia como mito, es una historia de larga duración, perspectiva metodológica creada por Fernand Braudel (1902-1985) fundador de la Escuela de Annales de donde Florescano abrevó durante sus estudios doctorales en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad de París.

La historia que escribe Florescano es la interpretación del pasado mexicano a través de cientos de años, entendido como una estructura de larga duración que encuentra en su construcción histórica hecha de mitos la forma de darse una identidad. Es una historia sobre la prolongada construcción política de una cultura.

A través de su interpretación sobre los mitos cosmogónicos que integraron los distintos episodios de la creación del mundo en un solo relato, demuestra la presencia del pasado en el presente. "Lo quiera o no el historiador, el pasado es un proveedor inagotable de arquetipos que influyen en la conducta y la imaginación de las generaciones posteriores". [2] La historia tiene una función y es una función social: dotar a los grupos humanos de identidad, cohesión y sentido colectivo. "Dotar a un pueblo o a una nación de un pasado común, y fundar en ese origen remoto una identidad colectiva, es quizá la más antigua y la más constante función social de la historia" [3]. Pero no la única, porque la reconstrucción del pasado debe ser una reconstrucción crítica que atienda más al cómo y al por qué ocurrieron así los hechos. De sus definiciones sobre el oficio de historiar se advierte que para él la práctica histórica es un ejercicio razonado, crítico, inteligente y comprensivo.

Más que en una memoria del pasado, otra función social de la historia proviene de la forma de hacerla, de una "reconstrucción crítica del pasado". Porque a fin de cuentas, sólo así el historiador "en lugar de buscarle un sentido trascendente a los actos humanos, de legitimar el poder o de ponerse al servicio de las ideologías", podría convertir su trabajo en un ejercicio crítico y desmitificador; Florescano recurre a Bloch para decir que, "en una empresa razonada de análisis" [4].

Enrique Florescano, *La historia y el historiador*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 69.

*Ibidem*, p.65

*Ibidem*, p.84.